

# EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Vaya un modo de pedir limosna, muchacho! (Pag. 250, col. 2.ª)

## SUMARIO.

- EL PUÑAL DE PLATA, por Filiberto Audebrand
- EL CORAZON FRIO, por la señorita Elisa Tourangun.
- EL PAGE FLOR DE MAYO, por M. Ponson du Terrail.
- UNA ELEGIA EN EL CABO DE HORNOS, por F. Dabadie
- LA CIENCIA PARA TODOS.
- FÓRMULAS: Tinta especial para plumas metálicas.

## EL PUÑAL DE PLATA,

POR FILIBERTO AUDEBRAND.

### I.

En medio de la llanura inmensa, árida y estéril, que se extiende á algunas leguas de la ciudad de Montluzon, se veía una miserable cabaña de tierra con techo de paja y hojarasca, donde hace unos veinte años vivía Juan Barbeau, cuya única industria era cortar los troncos secos de los bosques y matorrales del contorno.

Cerca del hogar donde ardian enormes tizones de pino, se veía sentada una mujer de veinte y cinco años, pero que parecía ya vieja á juzgar por sus canas y arrugas. Sin embargo, sus facciones, aunque alteradas por el dolor, el hambre, el insomnio y la fiebre, tenían bastante perfeccion, y hasta habia cierta hermosura agreste en sus miradas;—mas ¡ay! la

hermosura es flor de un dia cuando surcan la frente pensamientos sombríos y los ojos vierten lágrimas.

A dos pasos del nogar, en el rincon mas abrigado de la cabaña, duerme con profundo y penoso sueño una tierna niña acostada sobre un tablado sostenido por dos banquillos.

—Duerme, Margarita, duerme! murmura de vez en cuando la madre; mientras te sonrian placenteros sueños no pensarás en pedir pan!

Al lado del pobre ángel dormido velaba la hija mayor con solicitud maternal, niña que á pesar de no tener mas de siete años, era juiciosa y tranquila, y avivando de vez en cuando el fuego del hogar, espía todos los movimientos de su hermana. Pero vanos fueron sus esfuerzos solícitos, pues los silbidos del viento llegaban hasta la miserable cuna y despertaron á Margarita.

—Tengo hambre! exclamó la niña con acento desgarrador.

—Tengo hambre y sed! añadió la hermana mayor volviéndose con ademán doloroso hácia su madre.

—Tened paciencia, hijas mías, respondió la pobre madre acariciándolas; vuestro padre ha ido á la ciudad y no tardará en volver trayendo pan, carne, sebo, queso y probablemente caza que habrá muerto en el camino: esperad un momento.

Media hora despues se oyó un rumor lejano.

—Silencio! exclamó la madre; ¿habeis oido ruido de pasos?

—Será algun lobo del bosque inmediato que dá vueltas en rededor de la cabaña, dijo la niña mayor abrazando á su madre con espanto.

—No temas, Catalina; es vuestro padre, hijas mías.

En aquel instante apareció en el umbral de la puerta un hombre de unos cuarenta años, con la frente surcada de arrugas y los cabellos largos y lacios que le caian hasta los ojos. Llevaba un vestido de algodón, cubria su cabeza uno de esos sombreros de anchas alas que desde tiempo inmemorial llevan los habitantes del Borbonés, sostenia en el brazo derecho una escopeta, y en el extremo del cañon se veía un pan de cuatro libras.

Apenas entró, se dejó caer rendido de cansancio en un banco, y dijo despues de un momento de silencio, entregando la escopeta á su mujer:

—Toma, Mariana, este pan y comedlo entre las tres.

—¿No quieres tu parte, Juan?

—No, te digo que es para vosotras.

La madre y las dos niñas se arrojaron sobre el pan con ahinco salvaje sin detenerse en dar gracias ni abrazar á su bienhechor: hacia dos dias que no habian probado alimento.

Juan Barbeau contemplaba este cuadro con mirada sombría y feroz.

No obstante, despues de algunos minutos, cuando se apaciguó el primer afán del voraz apetito, Mariana dió un paso hácia su marido y dijo con voz conmovida y vertiendo lágrimas:

—Perdóname, pobre Juan, he sido muy injusta y cruel, pues no he pensado mas que en mí: el hambre me devoraba. Cielos! ¿cómo no te he dado las gracias por habernos salvado de una muerte horrible?

Y añadió haciendo un ademán á las niñas:

—Venid, ángeles míos, venid á abrazar y á dar gracias á vuestro padre.

—Es cierto, exclamó Catalina llenando de besos la frente y las manos del leñador: nos has salvado, querido padre, y te deberemos á tí el vivir mañana.

Al oír estas palabras el leñador frunció involuntariamente el entrecejo y dijo con tono de voz extraño:

—Mañana! ¡ah! hijas mías, ¿quién sabe si habrá un mañana para vosotras? El pan que os he traído era mi único recurso.

—¿No te han dado nada, dijo Mariana, por los troncos que debías vender al panadero de Cerilly?

—No los ha querido por ahora al menos, porque no necesita encender el horno; no le venden trigo en el mercado ni harina en el molino.

—¿Y el cura?

—Se halla en la misma situación que nosotros, y su bolsillo está tan lleno como el mio. He salido de su casa con tanta tristeza, como cuando cerré esta mañana la puerta de la cabaña.

—Pero los señores del castillo no estarán en igual caso, y si no te han dado, al menos te habrán prometido.

—Me han prometido llevarme á la cárcel si continuo matando sus liebres y perdices en las márgenes del parque. Así me lo ha avisado el guarda Vanier. Los señores del castillo son ricos y tienen el corazón mas duro que las losas de su patio.

—Juan, respondió Mariana, haces mal en tenerles odio; no saben cuanto padecemos.

—¿No lo saben? Pues bien! tiempo es ya de que lo sepan.

—Sin duda, pero con dulzura.

—¡O con violencia!

—¿Qué quieres decir, Juan? ¿Has perdido la razón? Nunca te habia visto con rostro tan feroz. La desgracia, ó el infierno te inspiran tan malas ideas. Juan, vuelve en tí; padeceremos si Dios lo tiene así dispuesto, pero te suplico que dejes las amenazas.

Hubo un momento de silencio.

Mariana vertía un torrente de lágrimas.

—Oye, Mariana, añadió el leñador; es preciso que acabe nuestra miseria. Siempre fui hombre honrado y respeté lo ajeno. ¡Necio de mí! No ha macho que he encontrado en el camino á Santiago Balmat que me ha dicho al oído: «Ven conmigo.»

—Virgen santísima! Santiago Balmat, un ladrón!

—Será lo que quieras, pero hay dinero en su bolsillo y encuentra albergue y comida en todas las posadas del país. Sus hijos no lloran de hambre como los nuestros... ¡Ah! la virtud es para mí un peso insoportable; quiero iniciar á Santiago y hoy mismo me lanzaré á mi nueva vida.

Mariana, que no tema fuerza para hablar, se arrojó á sus piés para contenerle.

—No tengo pólvora ni dinero para comprarla, y no me servirá de la escopeta, pero en caso de necesidad luego se encuentran armas.

—Juan! querido Juan! piensa en tus hijos, en tu mujer, en tu salvación eterna.

Pero el leñador no la escuchaba y salía de la cabaña diciendo:

—¡Desgraciado del primero que encuentre en el camino!

## II.

Luego que Juan salió, su esposa tomó á sus hijas de la mano y les mandó que se arrodillasen delante de un crucifijo de madera.

—Venid, hijas mías, enjugad las lágrimas, y repetid esta oración: «Señor, Dios mio, ha-

ced que nuestro padre no se convierta en ladrón.»

Las niñas repitieron con voz argentina la oración de su madre.

Juan Barbeau corría en tanto á esconderse detrás de los matorrales que forman la márgen del camino por donde á largos intervalos pasaban algunos viajeros.

La noche empezaba á tender sus negras sombras.

—Si pasara por aquí, decía el bandido improvisado, algún príncipe ó banquero cargado de oro, me vería en el mayor apuro. En primer lugar, soy muy novicio en este oficio maldito, y por otra parte, no tengo absolutamente nada para atacar ó defenderme. ¿Qué haré? ¿Cortaré un palo en el bosque? Pero ¿de qué me servirá un palo? Si tropiezo con algún tratante de bueyes, por ejemplo, llevará también el suyo y además un gran cuchillo. ¿Qué haré?

En el momento que acababa de pronunciar estas palabras se oyó á lo lejos el trote de un caballo, y prestando el oído hácia el lado donde se oía el ruido, Juan se convenció de que se acercaba un viajero.

—¿Cómo le atacaré? se preguntaba á sí mismo.

El leñador se separó un instante detrás de una corpulenta encina. Los cuarenta años de una vida honrada se presentaron á su alma en algunos minutos y llenaron de profunda angustia su corazón. Aunque el frío era intenso, copioso sudor inundaba su frente.

—Voy á ser un ladrón... un ladrón! Pero ellas tienen hambre, y mañana...

Los pasos del caballo se iban haciendo cada vez mas sonoros.

En aquel instante, mientras Juan daba un paso hácia atrás para espiar, un objeto duro y cortante tropezó con su calzado.

Se bajó...

—Un puñal! un puñal! murmuró. Está enmohecido, pero tiene afilada punta. ¡Ea! el infierno quizá me lo envía.

Dijo, y el viajero se acercó á la corpulenta encina. Juan se lanzó al camino como un tigre herido, y dijo en voz alta enarbolando el puñal:

—La bolsa ó la...

Pero al conocer á la persona á quien atacaba continuó:

—No, no... una limosna... por Dios... caritativo caballero!

—¿Cáspita! exclamó el caballero, que habia empuñado una pistola; vaya un modo de pedir limosna, muchacho!

El que así hablaba era un hombre alto, robusto y bien armado, que asiendo al leñador por el brazo, le arrancó el puñal de la mano.

—Has hecho bien, le dijo, en cambiar el tono de tu canción; pides limosna, y te daré un luis, pero te confisco el puñal.

—¿De dónde has sacado este puñal? preguntó el caballero despues de haber contemplado la hoja.

Antes de pasar adelante son indispensables dos palabras por vía de paréntesis.

El viajero era nada menos que el señor conde Sigismundo de Altafort, miembro de la sociedad de anticuarios del Berry, es decir, el hombre mas aficionado á antiguallas que existía entonces en Francia. Al examinar despacio la daga que habia arrancado de manos del leñador, dió un salto sobre la silla y exclamó quitando el robin y el barro que cubrían la hoja:

—¡Válgame Dios!... es un puñal de plata, un puñal de la edad media!

Trascurrieron algunos minutos de exámen y continuó su monólogo.

—¿Qué veo, qué veo? Tres flores de lis y un halcón... pues!... las armas del bastardo Dunois. ¿Si será el puñal que cita la crónica: «El valeroso bastardo consiguió que tres ingleses se presentasen á combatir con él á puñal, en el Borbonés, al pié de la encina torcida?» Por segunda vez te pregunto: ¿dónde has hallado este puñal? dijo el anticuario.

Juan Barbeau indicó con la mano el árbol donde habia hallado el arma.

—Magnífico! exclamó el conde de Altafort dando palmadas; ¡una encina!... una encina torcida! Ya tengo el puñal de plata de Dunois.

Me has detenido no ha mucho de un modo algo brusco, por no decir otra cosa peor, me has pedido limosna como el bandido de Gil Blas; pero no importa. Conozco que te has arrepentido y te soy deudor de un monumento histórico que busco hace treinta años. Cuenta con mi protección.

Este drama, que es auténtico, se desenlazó muy naturalmente aquella misma noche.

Media hora despues de la escena que acabamos de contar, el anticuario y Juan Barbeau entraban juntos en la cabaña.

—Justo cielo! ¿qué significa esto? dijo Mariana con temor.

—Significa, respondió el leñador, que Dios nos ha salvado.

Y contó lo que acababa de suceder.

Apenas cesó de hablar, el conde de Altafort dejó sobre un banco un puñado de oro; una cantidad enorme para aquella pobre familia.

—Esto es el precio del puñal de Dunois, dijo; si no es parece bastante, decidlo.

Pasó el invierno; Juan Barbeau volvió á trabajar y todos los dias repetía á sus hijas:

—Nada autoriza el robo, ni aun el hambre.

## EL CORAZON FRIO,

POR LA SEÑORITA ELISA TOURANGIN.

(Conclusion.)

Pedro no sentia ningun remordimiento por la muerte de su mujer, pero cuando decía á sus criados que estaba viajando, pensaba para sí: ¿A dónde puede haber ido?

Seis dias trascurrieron sin que se apartase un solo instante de su imaginación la amenaza del espíritu de los bosques, y todas las noches oía la misma voz en su cabecera. Finalmente, el dia séptimo se levantó, y al saltar de la cama, exclamó:

—Estoy resuelto; voy á ver si puedo hallar un corazón menos frío, porque la piedra inerte hace que mi vida sea larga y fastidiosa.

Se puso el traje de los dias de fiesta, montó á caballo y partió hácia el Tannenbuhl.

Desmontó en el paraje mas espeso del bosque, ató el caballo á un árbol, y llegó con paso rápido hasta la cumbre de la colina. Cuando estuvo delante del corpulento pino pronunció las palabras mágicas, y no tardó en aparecérselo el vidriero; pero su exterior no era benévolo y cordial como otras veces, sino triste y sombrío, é iba vestido de negro, llevando como señal de luto un largo crespon en el sombrero.

—¿Qué quieres? preguntó con voz cavernosa.

—Me falta el tercer deseo, dijo Pedro cabizbajo.

—¿Pueden acaso desear algo los corazones de piedra? dijo el genio. ¿No tienes cuanto necesitas para satisfacer tus pasiones? ¿qué mas deseas?

—Sin embargo, me prometisteis acceder á tres deseos, y aun falta uno.

—Ya sabes que te lo puedo negar si es insensato. Consiento no obstante en escucharte; dime ¿qué quieres?

—Quiero que me quiteis esta piedra insensible y me devolvais mi corazón.

—¿Has hecho acaso conmigo el trato? preguntó el vidriero. ¿Soy yo Miguel el holandés que dá con la riqueza corazones de piedra? A él... á él has de dirigirte para recobrar tu corazón.

—¡Ah! nunca me lo devolverá.

—Me inspiras compasión, aunque eres malo, dijo el hombrecillo despues de reflexionar un instante, y como tu deseo es prudente, no te puedo negar al menos mi auxilio. Oye pues; no puedes recobrar tu corazón empleando la fuerza, sino valiéndote de la astucia, y no será tal vez muy difícil, porque Miguel el necio á pesar de lo sabio que se cree, nunca será mas que el necio Miguel. Irás pues á encontrarle y harás lo que voy á decirte.

Dióle entonces todas sus instrucciones, y le regaló una crucecita de vidrio purísimo diciéndole:

— No podrá atentar contra tu vida y se verá obligado á dejarte en libertad si puedes tener una cruz delante de él mientras recites una oracion. Y cuando logres tu intento, vuelve aquí á verme.

Pedro tomó la cruzcita, grabó bien en su memoria todas las palabras del vidriero y se dirigió á la morada de Miguel. Le llamó por tres veces, y apareció el gigante.

— Has asesinado á tu mujer! le dijo con horrible sonrisa. Si no la matas podria haberte reducido á la miseria. Te será preciso ausentarte por algun tiempo, porque si no la encuentras, podrá costarte caro. ¿Necesitas dinero y vienes á buscarlo?

— Lo adivinaste, respondió Pedro, quiero mucho dinero, porque de aquí á América el viaje es muy largo.

Miguel le hizo entrar en su cabaña, abrió un baul lleno de dinero, y tomó una cantidad de cartuchos de oro. Pero mientras contaba sobre la mesa, Pedro dijo:

— Tienes unas bromas muy chistosas, Miguel; me has hecho creer que tenia una piedra en el pecho y que guardabas aquí mi propio corazon.

— ¿Acaso no es verdad? preguntó Miguel. ¿Sientes latir tu corazon? ¿No está frio como el mármol? ¿Tienes miedo ó pesar de algo? ¿Conoces los remordimientos ó tan solo el arrepentimiento?

— Has apaciguado los movimientos de mi corazon, añadió Pedro, pero siempre lo he tenido en el pecho lo mismo que Ezequiel, el cual me ha dicho que nos habias engañado, pues no eres capaz de hacer semejante operacion sin que se advierta ó peligre la vida. Para eso fuera preciso ser hechicero, porque solo por encantamiento puede hacerse un cambio tan extraño.

— Te aseguro, dijo Miguel con buen humor, que Ezequiel y tú y cuantos he enriquecido han dejado en mi casa su corazon.

— ¡Con cuánta gracia mientes! dijo Pedro riendo. Eso se lo harás creer á otro mas tonto que yo. ¿Piensas que en mis viajes no he visto á docenas juegos de manos mas portentosos? Los corazones que tienes aquí son de cera; no niego que eres rico, pero no eres hechicero y no sabes ejercer la magia.

— Pues voy á probártelo ahora mismo, dijo Miguel con enojo.

Y desabotonando la chaqueta del incrédulo, le arrancó una piedra del pecho y se la enseñó; despues sopló en uno de los corazones que tenia cuidadosamente rotulados, lo puso en su puesto, y Pedro lo sintió latir al momento.

— ¿Qué dices ahora? preguntó Miguel riendo.

— Que efectivamente tienes razon, respondió Pedro, y sacando la cruz del bolsillo, añadió:— No hubiera creído que tuvieses tanta habilidad.

— ¿Con que estás convencido? Pero ven que voy á poner otra vez en su sitio el corazon.

— Poco á poco, señor Miguel! exclamó Pedro, y presentándole la cruzcita, dió un paso atrás y dijo:

— Se cogen los ratones con queso, y tú has caído esta vez en la ratonera.

Y se puso á recitar la oracion que recordaba perfectamente. Miguel empezó entonces á encogerse hasta arrastrarse por el suelo retorciéndose como un gusano y exhalando quejas y gemidos, y todos los corazones empezaron á latir y á moverse con tal velocidad que parecia la estancia una tienda de relojero.

Pedro huyó lleno de espanto de la cabaña, y hostigado por el miedo saltó velozmente por entre los peñascos, porque oia á Miguel que echaba pestes y votos y le enviaba espantosas maldiciones. Cuando se vió fuera del precipicio, corrió sin parar hasta el Tannenbuhl en medio de una deshecha tempestad: los relámpagos salian de todas partes, y el rayo estallaba en torno suyo cayendo sobre los árboles que se desgajaban con estruendo.

Llegó sin embargo sano y salvo. Su corazon latia gozosamente, pero lanzó una mirada sobre su pasado que le causó mas espanto que los terribles efectos de la tempestad. Pensaba en Lisbeth, su bella y cariñosa mujer, que habia asesinado por avaricia, se despreciaba como lo mas bajo de la humanidad, y lloraba

con amargura cuando llegó al sitio donde le esperaba el vidriero.

Este fumaba en su pipa, pero tenia el aire menos severo.

— ¿Por qué lloras? le dijo; ¿no has logrado recobrar tu corazon? ¿Llevas aun la piedra en el pecho?

— ¡Ah! dijo Pedro suspirando, cuando tenia el corazon de piedra, nunca lloraba y mis ojos estaban tan secos como la tierra en julio. Lloro por todo el mal que he hecho. He reducido á la miseria á mis deudores; he rechazado brutalmente á los pobres y enfermos lanzándoles mis perros, y vos mismo sabeis el golpe cruel que descargué sobre la frente de mi Lisbeth.

— Eres muy culpable, dijo el genio; el dinero y la ociosidad te han corrompido hasta el extremo de convertirte tu corazon en una piedra en que no hacian mella la alegría, el dolor, el remordimiento ni la compasion; pero el arrepentimiento rescata muchas faltas, y si supiera únicamente lo que podria serte útil ahora, haria algo por tí con gusto.

— Nada mas deseo, respondió Pedro dejando caer tristemente su cabeza sobre el pecho. Todo se acabó para mí; nada podrá ya alegrarme. ¿Qué haré solo en la tierra? Mi madre no me perdonará nunca mi conducta ingrata y desnaturalizada, y tal vez la he arrojado en el sepulcro. ¿Y Lisbeth, mi esposa?... Matadme, matadme, y así acabará mi desgracia.

— Bien, dijo el vidriero, ya que lo deseas, voy á satisfacerte; casualmente tengo el hacha en la mano.

Se quitó tranquilamente la pipa de la boca y se la puso en el bolsillo despues de haberla sacudido; despues se levantó, y se escondió lentamente detrás del gran pino.

Pedro estaba sentado en la yerba y lloraba; ningun apego tenia á la vida y esperaba con paciencia el golpe fatal. Al cabo de algunos instantes, oyó detrás de sí leve rumor de pasos.

— ¡Gracias á Dios que le hallamos! dijeron.

— Vuelve la vista, Pedro Munck, le dijo en voz alta el vidriero.

Enjugó este sus lágrimas, y levantando la cabeza, vió á su mujer y á su madre que le miraban con ternura.

— ¿Luego no has muerto, Lisbeth? exclamó levantándose con viveza y corriendo hácia ellas. ¿Vos tambien, madre mia, estais aquí? ¿me habeis perdonado?

— Ellas te perdonan, dijo el genio del bosque, porque has tenido un arrepentimiento sincero. Todo está olvidado; vuelve ahora á la cabaña donde naciste y sé carbonero como antes. Si eres bueno y laborioso, honrarás tu oficio, y tus vecinos te amarán y apreciarán mas que si tuvieses montes de oro.

Dijo y desapareció.

Los tres seres felices volvieron á la cabaña bendiciendo al espíritu y cantando sus alabanzas.

La casa suntuosa de Pedro no existia; el rayo la habia reducido á cenizas con todas las riquezas que encerraba. Tan enorme pérdida no le alligó mucho, pero como la cabaña paterna no estaba lejos, se dirigieron á ella en seguida, y ¡cuál fué su sorpresa al entrar! Halláronla convertida en una cómoda casa de labrador, donde todo era sencillo, pero aseado y cómodo.

— Esta trasformacion es obra del buen vidriero! exclamó Pedro.

— ¡Qué hermosa es! dijo Lisbeth, y cuánto mas me gusta que aquel caseron con todos sus criados!

Desde aquel dia Pedro Munck fué un hombre activo y laborioso. Estaba contento con lo que tenia y ejercia su oficio sin cansarse, de modo que con sus propias fuerzas llegó á adquirir riqueza, y fué amado y respetado en todo el pais.

Ya no reprendia á su Lisbeth; honraba á su madre y daba segun sus medios á los pobres que llamaban á su puerta.

Cuando al cabo del año su esposa dió á luz un robusto niño, se fué al Tannenbuhl y pronunció las palabras mágicas, pero el dueño del tesoro no se presentó.

— Buen vidriero, gritó Pedro, escuchadme;

únicamente vengo á pedirlos que seais padrino de mi hijo.

Nadie le contestó, pero un leve soplo del viento agitó los pinos, y se desprendió algunas piñas que cayeron en el suelo.

— Las tomaré en memoria vuestra, ya que no os dignais dejaros ver, dijo Pedro poniéndoselas en los bolsillos.

Y se volvió á su casa. Pero cuando se quitó la chaqueta y su madre fué á doblarla para ponerla en el cofre, cayeron cuatro enormes cartuchos de dinero. Al abrirlos, vió que eran buenos y flamantes thalers de Baden. Era el regalo que hacia el vidriero á su ahijado.

Vivieron felices y en paz, y muchos años despues, cuando los cabellos de Pedro empezaban á encanecer, decia con frecuencia: « Mas vale contentarse con poco, que tener dinero y haciendas con un corazon de piedra. »

FIN.

## EL PAJE FLOR-DE-MAYO.

FOR M. POISSON DU TERRAIL.

(Continuacion.)

X.

EN DONDE VUELVE A APARECER EL CABALLERO DEL VERNAIS.

Excepto maese Juan, nadie en el meson oyó el mas leve ruido durante la noche anterior. La posada recobró su acostumbrada fisonomia desde la mañana, y á las diez se sirvió el desayuno al señor abate Fouquet.

Las dos piezas ocupadas por Flor-de-Mayo y el vizconde estaban contiguas y se comunicaban, como ya se recordará. En la mas apartada, á la que podia llegarse sin atravesar la otra, fué donde Flor-de-Mayo colocó á su prisionero.

Amapola, trasformado en ayuda de cámara, puso la mesa en la segunda pieza y sirvió él mismo, yendo á tomar los platos de mano del huésped en el último peldaño de la escalera.

Habiase prohibido al abate hablar ni siquiera una palabra cuando se abria la puerta.

Despues del almuerzo, el vizconde relevó á Flor-de-Mayo. Al medio dia, sentóse Amapola á su vez en la silla que habia junto á la ventana, y al alcance de las pistolas.

Pepe no inspiraba aun bastante confianza para dejarle solo con el prisionero; un italiano es siempre corruptible y mas si es aventurero.

Pero como se le habia admitido en la confidencia, Amapola le vigilaba lo bastante para evitar que huyese.

Lo que Pepe hubiera querido saber y lo que ignoraba, era el nombre del personaje arrestando, y este último no pronunciaba una palabra cuando entraba él.

Por otra parte, el italiano tenia el genio y el espíritu insidioso de su raza; sabia meditar su venganza con calma, y asegurarla por todos los medios, sin comprometerla jamás por un mal paso. Amapola le habia hablado á corta diferencia en los mismos términos que lo hizo al huésped, y Pepe se ceñia escrupulosamente á sus recomendaciones.

Flor-de-Mayo se asomaba con frecuencia á la ventana, interrogando con la vista el surco blanco del camino, accion que el vizconde solo comprendia á medias, y de la que le preguntó el motivo.

— ¡Pardiez! contestó Flor-de-Mayo, miro si vienen los soldados del gobernador de Angers.

A pesar del decaimiento que se habia apoderado del abate Fouquet, este que estaba echado sobre su cama de cara á la pared, no pudo contener un estremecimiento, y se puso á escuchar.

— No pueden tardar en llegar, contestó el vizconde.

— No ciertamente; pero bastaria una sola hora de retardo para echarlo todo á perder.

— ¿Qué quereis decir?

Flor-de-Mayo habló al oido del vizconde.



Vuelve la vista, le dijo en voz alta el vidriero. (Fág. 251, col. 2.º)

—¿Sabeis la historia de M. de Mazarino?

—Sí.

—Como el señor abate corria delante de su carroza...

—Y bien?

—Y bien, la carroza y su séquito no pueden estar lejos. Este es numeroso tal vez... se detendrán acaso... es posible que sepan que el correo no ha pasado... quizás hayan reconocido tambien el caballo muerto y abandonado en el camino... y entonces basta el menor indicio, la mas leve sospecha, para que el meson sea cercado, atacado, y para que se hagan, en fin, todos los esfuerzos posibles para libertar al prisionero.

—Es verdad! murmuró M. de Mailly.

En este momento se oyó el galope de un caballo; era el segundo correo que llegaba precediendo una ó dos horas solamente á la carroza.

El correo habia pasado como una flecha por la encrucijada de la Encina en donde vió el caballo muerto; pero como un campesino le habia quitado los arneses, no se le ocurrió el que fuese el caballo del abate.

—¡Hola! pronto, los caballos! gritó apeándose delante del asombrado maese Juan.

—Los caballos! ¿para quién?

—¿Cómo! dijo el correo sorprendido, ¿no habeis visto pues el primer correo? el que ha pasado entre once y doce de la noche?

—No ha pasado.

—¿Estais loco?

—Os lo juro por mi honor.

Esta conversacion tenia lugar en el umbral de la puerta del meson. Flor-de-Mayo y el vizconde se habian asomado á la ventana para ver el correo.

El abate escuchaba con ansiedad. Pero mientras los dos hidalgos estaban asomados á la ventana, tuvo tiempo para arrancar una hoja de su libro de memoria, y escribió en ella estas dos líneas:

«Estoy prisionero en Ingrande, guardado por tres hombres; libertadme.»

»El abate Fouquet.»

¿Cómo lo haria para que este aviso llegara á los suyos? lo ignoraba, pero lo habia escrito al azar y contaba con una circunstancia imprevista.

La esperanza de ser libertado le volvia á

sonreír, y luego reflexionaba que en Ancenis sabrian perfectamente que él no habia aparecido, que sospecharian entonces la verdad, y que se pondria una partida en marcha para salvarle; pero era preciso que los soldados del gobernador de Angers no llegasen antes que la carroza.

Mientras que el abate recobraba el valor y ocultaba prudentemente debajo de su almohada la hoja arrancada á su libro de memoria, Pepe escuchaba, desde el fondo de la caballeriza en donde daba pienso á su caballo, el diálogo del mesonero y el correo.

La sagacidad del italiano no podia engañarse. Este correo, de quien se pedian noticias, era el prisionero de Flor-de-Mayo.

—Pero, ¿quién era ese prisionero?

La belleza de sus manos, lo fino de su camisa, decian elocuentemente que era un hombre distinguido. Pepe estaba en camino de saber lo que deseaba y pensaba qué partido podria sacar para su venganza.

—¿De modo que no le habeis visto? insistió el correo.

—Os juro que no.

—¿Quién sabe, murmuró el picador, si habrá tomado por el atajo á tres leguas de aqui, y ha llegado secretamente al castillo?

El correo montó un caballo descansado y partió; mientras que los palafreneros guardaban á toda prisa los caballos de la carroza y los de silla destinados á las gentes del séquito del señor abate Fouquet, Pepe oyó las últimas palabras del correo.

—¡Ah! pensó, el hombre tiene prisa para llegar. ¿Quién sabe si el prisionero es un amigo ó el hermano mismo del superintendente, arrestado por orden del rey?... ¡Oh! en este caso, añadió el italiano con una diabólica sonrisa, mi venganza será soberbia! salvaré al señor abate Fouquet, y, como jamás se perdona á un oficial que deja escapar á un prisionero de Estado, no seria extraño que M. de Chastenay tuviese que arreglar una terrible cuenta con el verdugo en la plaza de la Greve.

Y Pepe salió de la caballeriza talareando un estribillo báquico, y subió á la estancia de Flor-de-Mayo, quien no habia perdido una palabra del coloquio entre el mesonero y el correo.

El vizconde, Flor-de-Mayo y Amapola estaban deliberando lo que convenia hacer.

—Evidentemente, decia el vizconde, el séquito de la carroza, sabiendo que el correo de anoche no ha pasado, irá á escape hasta Ancenis, y si los soldados de Angers no llegan, será preciso sostener una resistencia desesperada.

—Lo mas probable de todo, dijo á su vez Flor-de-Mayo, es que el señor abate Fouquet morirá antes de una hora, pues claro está que no lo entregaremos con vida.

El prisionero se estremeció; un sudor frio corria por sus sienes, pero no se movió.

—Esperad pues, dijo Amapola, voy á arreglar las cosas.

Y viendo entrar á Pepe, hizole seña de que tomara su puesto y salió, yendo al encuentro del mesonero.

—Una palabra, le dijo.

—Hablad, respondió maese Juan.

Amapola le condujo á un rincon.

—¿La carroza del señor abate va á llegar? dijo.

—Sí, antes de una hora.

—Tal vez se os pidan noticias del correo.

—No lo he visto.

—Os engañais, maese Juan.

El huésped retrocedió un paso.

—Os lo repito, esta noche no ha pasado ningún correo.

—Y bien, dijo resueltamente Amapola, os aseguro que os engañais; á media noche ha pasado uno, vos le habeis dado un caballo fresco, y ha proseguido su camino.

—Estais loco, señor Amapola.

—Lo estareis vos, maese Juan, si no dais á los de la carroza las noticias que acabo de indicar.

—Pero...

—Basta de objeciones... Pepe y yo no os perderemos de vista, y si no contestais con desembarazo y afirmativamente á las preguntas que se os hagan, os meteremos una bala en la cabeza; en caso contrario los cien luises se doblarán.

—Obedeceré, murmuró temblando el antiguo bedel, y llamó á los palafreneros:

—¡Hola! muchachos, les dijo, ahora me acuerdo que el correo ha pasado esta noche, pero vosotros dormiais como unos brutos; este caballero lo ha visto.



Abrid! abrid! gritaban desde afuera. (Pag. 253, col. 3.ª)

—Sí, en verdad, dijo tranquilamente Amapola, y ha seguido su camino con el caballo que tomó á una legua de aquí habiendo caído reventado el suyo en la encrucijada de la Encina.

La explicacion tenia visos de verosimilitud y los palafreneros la creyeron exacta.

Entonces Amapola llamó á Pepe que se apresuró á bajar.

—¿Ves á ese pícaro? le dijo quedito señalándole el mesonero; le romperás la cabeza de un pistoletazo si se atreve á afirmar que el correo no ha pasado.

—Sí, hizo Pepe que acercó á maese Juan el cual murmuraba:

—Todo esto es bien extraordinario!

Durante los cortos instantes que Pepe pasó en el cuarto del abate, habia aprovechado un momento en que los dos hidalgos tenían medio vuelta la cabeza para dirigir una rápida mirada al prisionero.

Esta mirada significaba:

—Quiero salvaros.

El abate la comprendió, y tomando de debajo de la almohada la hoja arrollada del libro de memoria, hizo una seña á Pepe pidiendo un vaso de agua.

Pepe le presentó el vaso y el abate deslizó el billete en su mano.

Todo esto se verificó con tan maravillosa destreza y tal prontitud, que pasó desapercibido para Flor-de-Mayo y el vizconde.

Apresuróse Pepe á salir cuando le llamó Amapola; pero mientras bajaba la escalera tuvo tiempo de desdoblar el billete y leerlo.

—¡Ah! murmuró, tengo segura mi venganza!

Mientras Pepe quedaba vigilando al huésped, Flor-de-Mayo, á quien se reunió Amapola, decia al abate:

—Caballero, ignoro lo que va á suceder, y si vuestra gente atacará el meson para libertaros y apoderarse de vuestros papeles; pero empené mi palabra al rey de entregaros vivo ó muerto, y si somos sitiados y no nos queda medio alguno de salvacion, tendré el sentimiento de mataros.

El abate tembló; conocia que Flor-de-Mayo era capaz de ejecutar lo que decia.

Levantóse á poco en el horizonte una nube de polvo.

Era la carroza que llegaba, y á sus portezuelas galopaban unos treinta ginetes bien montados y armados hasta los dientes.

Avanzaba con la rapidez del rayo y se detuvo á la puerta del meson. Los caballos estaban preparados y esperaban en la calle.

Ocultó Flor-de-Mayo detrás de los medio cerrados postigos de su ventana, observaba sin ser visto y contaba los hombres del superintendente. De repente lanzó un grito.

—Del Vernais! murmuró.

—Del Vernais! el caballero? exclamó el vizconde, es imposible!

—Mirad.

Acercóse el vizconde á la ventana, y reconoció al caballero que salia de la carroza cojeando un poco todavía, pues su reciente herida no estaba bien cerrada, y se dirigió al mesonero á quien interpeló directamente.

—He! buen hombre, le dijo, ¿me dareis noticias de un correo que ha debido pasar por aquí esta noche, y del cual hemos encontrado el caballo muerto á tres leguas de este pueblo?

Pepe estaba al lado de maese Juan, quien recordaba la terrible amenaza de Amapola.

—El correo ha pasado, dijo.

—¿A caballo?

—Sin duda.

—¿Sano y salvo?

—Sí, monseñor.

Al hablar así el huésped estaba temblando. Pero Pepe exclamó de repente:

—Este hombre miente! el correo no ha pasado. Este correo era el señor abate Fouquet, quien ha sido detenido y se halla preso aquí... ahí... en aquella estancia.

Y Pepe indicó con el dedo la ventana tras de la cual estaban en pie el vizconde y Flor-de-Mayo estupefactos por esta traicion, y entregó al propio tiempo el billete de Fouquet al caballero.

—¡Ah traidor! exclamó una voz.

Y en seguida resonó una detonacion detrás de los postigos, y Pepe cayó al suelo bañado en su sangre.

El aviso produjo efecto; de un brinco, atrincheróse el caballero del Vernais detrás de la carroza, y sacando su espada, gritó:

—A mí, servidores de Fouquet! á mí!

En un instante la casa fué invadida por treinta hombres armados, no quedando á Flor-

de Mayo, á Amapola y al vizconde, otro recurso que atrincherarse y vender cara su vida.

—Amapola, amigo mio, dijo Flor-de-Mayo empuñando la espada, si echan la puerta abajo levanta la tapa de los sesos al señor abate.

La solidez de la puerta podia resistir algunos minutos; M. de Mailly y Flor-de-Mayo aguardaban con la espada en una mano y la pistola en la otra.

—Abrid! abrid! gritaban desde afuera sacudiendo la claveteada puerta de encina.

El abate estaba pálido como un hombre que va á morir.

—Prepárate, Amapola, decia al mismo tiempo Flor-de-Mayo.

Amapola se acercó al prisionero.

—Caballero, exclamó este dominado por el supremo instinto de la conservacion, una palabra, una sola...

—Hablad, ¿qué queréis?

—Si mando á esos hombres que se vayan, ¿me dejareis la vida?

—Sí.

—Entonces abrid, abrid!

—Sea, dijo Flor-de-Mayo; pero prevente, Amapola, si uno solo de esos hombres avanza, si traspasa el umbral de esta puerta, haz fuego.

Amapola no contestó, pero dió un paso hacia delante, y aplicó el cañon de su pistola al pecho del abate.

Entonces Flor-de-Mayo abrió la puerta de par en par, y el caballero del Vernais, que marchaba á la cabeza de los sitiadores, retrocedió un paso á la vista del vizconde, su amigo, y del prisionero cuya vida en aquel momento pendia de un hilo.

—Abajo las armas ó soy muerto! exclamó el abate Fouquet con voz trémula.

—Abajo las armas! repitió del Vernais con la autoridad de un jefe.

Los criados que seguian al caballero retrocedieron como lo habia hecho él mismo. Entonces Flor-de-Mayo mirando á del Vernais dijo con calma:

—Caballero, si dais un paso mas, sereis responsable de la muerte del hermano del superintendente.

El caballero envainó su espada.

—Gracias, del Vernais, gracias por vues-

tro celo, dijo el abate, pero es inútil; tienen los papeles y no los devolverán, y si intentarais salvarme, causarais mi muerte. Retiraos!

Del Vernais se inclinó.

De repente lanzó el vizconde un grito y corrió á la ventana:

—Los soldados del gobernador! dijo; los soldados!

La calle resonaba bajo el sonoro galope de los caballos.

—A mí! gritó el vizconde, á mí, servidores del rey! circunvalad la casa para que nadie salga!

El caballero del Vernais palideció y trató de huir; pero Flor-de-Mayo dió entonces un paso hácia él diciendo:

—En nombre del rey daos á prision, caballero.

—¿Me prendéis? ¿qué crimen he cometido?

—Haced; intentado libertar á un prisionero de Estado.

Del Vernais echó una mirada á su alrededor como un hombre alzado, y viendo una ventana que daba al campo, se echó por ella sin que ni el vizconde ni Flor-de-Mayo tuviesen tiempo de impedir aquel acto de temeridad.

Este último se apoyó en el alféizar de la ventana, y vió á del Vernais tendido en el suelo, y gravemente herido. Los soldados de Angers le rodearon en seguida. Inútil era toda resistencia. El caballero entregó su espada y los servidores del superintendente se dejaron desarmar sin oposicion alguna.

—Que pongan el tiro á la carroza, exclamó entonces Flor-de-Mayo; el señor abate Fouquet vuelve á partir para Angers en donde el gobernador de la provincia le ha reservado una habitacion digna de él.

Y mostrando Flor-de-Mayo al oficial que mandaba los soldados de Angers el pergamino firmado por Colbert, le dijo:

—Caballero, vos me respondeis de todos esos hombres; si uno solo de ellos llega á escaparse para ir á Ancenis, os exponéis á ser degradado.

El oficial se inclinó.

En diez minutos tuvo la carroza caballos frescos, y el abate subió á ella con el caballero del Vernais.

Este último parecia mas tranquilo. Al entrar en la carroza, echó una mirada hácia una ventana del piso bajo, en donde se hallaba Pepe ensangrentado pero en vida aun, y cambió con él una mirada de inteligencia.

—El superintendente está salvado! murmuró del Vernais.

El coche partió á escape, con el vizconde y Flor-de-Mayo á sus portezuelas.

Algunas horas despues la carroza rodaba sobre el pavimento de Angers y entraba en el patio del castillo.

El gobernador, M. de la Vauguyon, salió á recibir al prisionero.

—Señor gobernador, díjole Flor-de-Mayo, me respondeis, con vuestra cabeza, del señor abate Fouquet.

—Estad tranquilo, respondió M. de la Vauguyon, el prisionero no saldrá de aquí sino para ir á la Bastilla con una escolta de doscientos mosqueteros.

—Os confío igualmente á M. del Vernais.

—Que sea bien venido! contestó M. de la Vauguyon con una sonrisa burlona.

—Caballero, dijo á Flor-de-Mayo, ya sabeis que me sois deudor de un desquite.

—Os lo daré, caballero.

—¿Cuándo?

—Cuando salgais de la Bastilla.

—Y ¿por qué no ahora?

—Porque podriais matarme y mi vida no me pertenece en este momento. Tengo que dar cuenta de mi mision á S. M. el rey.

(Se continuará.)

## UNA ELEGIA EN EL CABO DE HORNOS,

POR F. DABADIE.

Fastidiado de la vida monótona de Rio Janeiro, resolvió visitar en 185... las costas del

Océano Pacífico, y me embarqué en el *Calcutta*, buque de tres palos que habia dado tres veces la vuelta al mundo y era mandado por el capitán Prynn, excelente marino dotado de una paciencia verdaderamente británica.

Habíamos cruzado el terrible Cabo de Hornos y los vientos y las corrientes rápidas nos habian conducido cerca del polo antártico, cuando Prynn descubrió, con auxilio de su anteojo, un buque inglés que manifestaba deseos de acercarse al de su compatriota. Preparóse al momento el bote, y M. Prynn se armaba de una bocina para conversar con su colega, cuando conoció en él á uno de sus mas íntimos amigos. Le saludó agitando su sombrero de fieltro y le gritó con voz estentórea:

—Hurrah! ¿Cómo va, *my dear friend*? ¡Viva el capitán Edward! Edward *for ever*!

El capitán Edward cuyo buque estaba ya al lado del *Calcutta*, respondió con entusiasmo:

—Muy bien! ¿y vos? ¡Viva mi amigo Prynn! Hurrah!

Los marineros del *Calcutta* y del *Regent* repitieron los hurrahs de sus capitanes, y se pusieron al paio. Nuestro bote surcó las olas y subió al *Regent* con M. Prynn y su piloto.

Dos marinos ingleses no se reunen jamás sin ofrecerse un *grog*, ó mas bien varios *grogs* compuestos de medio vaso de *brandy*; pero los capitanes estaban tan gozosos de volverse á ver, y por otra parte, la brisa era tan suave, que M. Prynn aceptó la comida de M. Edward. Mientras llegaba la hora de sentarnos á la mesa, como me importaba muy poco la conversacion de los dos amigos, empecé á recorrer el puente y me acerqué al piloto que me recibió con la mayor amabilidad. Sir John me hizo explorar desde la bodega hasta los mástiles el *Regent*, que habiendo salido de Londres y hecho escala en Montevideo, se dirigia á Hobart-Town con un centenar de emigrados.

Aquellos infelices estaban diseminados sobre cubierta, sentados unos, otros en pié y algunos en pié y hablando. Daba lástima el aspecto de aquellos desgraciados, cubiertos generalmente de andrajos y cuyo pálido rostro conservaba las huellas de rudas privaciones. Una jóven acurrucada al pié de un gran mástil daba el pecho á un niño recién nacido y sus compañeras la miraban en silencio. Dirigia varias preguntas á sir John cuando mi vista se fijó en una emigrada cuya fisonomia me llamó la atencion. Tendria unos veinte años escasos; sus cabellos caian en desórden sobre su cuello y á lo largo de su rostro blanco como la cera, pero de una rara hermosura. Su traje sucio y usado ocultaba formas que sin duda fueron preciosas antes que las ajara la miseria: apoyada en el filarete en actitud melancólica, dirigia á las ondas del mar una mirada profunda como su dolor; y todo en ella me interesaba excitando mi curiosidad. Su existencia ocultaba algun misterio que yo ardia en deseos de penetrar. Así se lo manifesté á sir John y le indiqué con la mano á la emigrada.

—¿Quién es, le pregunté, esa viajera sumida en sus meditaciones? supongo que la conoceréis.

—No la conozco, me respondió sir John, pues se trata muy poco con sus compañeros de viaje.

—¿Tiene acaso el genio adusto ó altanero?

—¡Oh! no, respondió John enternecido; es afable y tranquila.

—¿Es víctima de algun dolor incurable?

—Mary no ha contado á nadie su historia, de modo que es difícil saberla exactamente. Sin embargo, según los informes incoherentes que se la han escapado, es una víctima del amor. Hé aquí los pormenores que nos han dado acerca de ella:

Mary nació en Leith de Escocia: desde sus mas tierna edad conoció al hijo de una frutera vecina, y creció á su lado. La influencia de los años cambió según costumbre la amistad de los dos niños en amor; Tony deseaba con afán casarse con Mary quien cifraba en este enlace su ventura, pero temia exponer á su amada á las angustias de la miseria y le dijo un día:

«Guarda tu fidelidad como yo la mia hasta que haya reunido algun dinero haciendo algunos viajes. Nos dedicaremos á cualquier pe-

queño negocio, y cuando tengamos segura la subsistencia, no habrá ningun obstáculo para casarnos.»

—¿Y qué respondió Mary?

—Mary no contestó porque conocia que su amante tenia razon; se arrojó en sus brazos y le dijo con voz ahogada entre sollozos: «Parte, ya que la necesidad lo exige, pero júrame ser fiel y no faltar á tu juramento. De este modo tendré valor para sobrellevar tu ausencia y esperar mejores dias.»

Tony era buen mozo y robusto, y el capitán de un buque le admitió en calidad de grumete. Su primer viaje duró seis meses, y Tony volvió con una salud envidiable pero con poco dinero, porque su salario era muy corto. Mary le recibió con sinceros y correspondidos trasportes de alegría. Tony volvió á embarcarse de marinero y ganando dos libras esterlinas, y al cabo de un año, durante el cual su amada oró á la Virgen y á todos los Santos del cielo, volvió á pisar la tierra natal y á ver á su querida Mary, trayendo algunos ahorros que ella creia suficientes para realizar su proyecto. Tony se empeñó en hacer el tercer viaje, y aunque ella suplicó, se desconsoló, confesó los funestos presentimientos que la perseguian y se desmayó al verle partir, el marinero despues de enjugarse las lágrimas, pasó el umbral de la casa que guardaba su tesoro, se hizo á la vela para China y escribió desde Canton que el *Queen-Elisabeth* volveria pronto á Escocia.

Mary se hacia ilusiones espléndidas de dicha en medio de la impaciencia y el amor que la abrasaba, y se creia ya en el muelle de Leith, en una linda tienda al lado de su querido Tony y rodeada de vástagos liosos como su padre. Habia llegado la época designada para el regreso de su amante y Mary se inquietaba por la tardanza de Tony. Todó el día estaba en el puerto interrogando con ansiosa mirada los buques que entraban, pero nunca veia el que ella deseaba. Se supo por fin que el *Queen-Elisabeth* habia naufragado en la costa de Madagascar, y Mary quedó aterrada al recibir la noticia del desastre, aunque le aseguraron que la tripulacion se habia salvado en el bote. Su vida fué desde entonces un cruel martirio; cada instante que trascurre aumentaba su terror, disminuia las probabilidades de salvacion y le inspiraba resoluciones insensatas. Ora pensaba en suicidarse, ora su desesperacion la inducia á partir á Madagascar en busca del infortunado que incesantemente lloraba, y un día se figuró que Tony habia desembarcado en alguna de las ciudades del Reino Unido, y se dirigió sin vacilar á Liverpool donde permaneció un mes preguntando á todos los marineros por su amado Tony. De Liverpool se dirigió sucesivamente á Douvres, á Cardiff, á Plymouth, á Bristol, etc., visitando todos los buques, viviendo de limosna y siendo objeto de compasion universal. Finalmente fué á Londres donde cayó enferma de hambre y de cansancio. Una sociedad filantrópica la recogió y la decidió fácilmente á formar parte de un convoy de emigrantes que se enviaba á Hobart-Town.

El relato de sir John me interesó y conmovió sobremanera, y permanecí algunos instantes silencioso y pensativo contemplando á la jóven que continuaba en el mismo sitio, inmóvil como una estatua de mármol.

—¿No habria un medio, pregunté á sir John, de aliviar á esta pobre jóven y de hacerla olvidar sus males?

—Creo que ya es tarde, respondió, y temo que su ardiente pasion, próxima á la demencia, la conducirá al sepulcro. En los primeros dias del viaje los emigrantes, que son muy compasivos en general, porque han padecido, se esforzaron en suavizar su punzante dolor, pero todo fué inútil, porque Mary rechazaba sus atenciones ó les daba gracias con una sonrisa que significaba: «Mi desgracia es irremediable; dejadme saborear su amargura, y si teneis energia, guardadla para sufrir vuestro destino.» Yo mismo ofrecí mis consuelos á Mary, y la exhorté á que se resignase y ahuyentase los recuerdos con que se complacia y la devoraban; pero ¡ay! irritaba su dolor en vez de calmarlo, y tuve que abandonar á la escocesa á un aislamiento mortífero, pero que

le permite acariciar una idea fija y una imagen querida.

—¿Luego no se ocupa nunca de su situación ni de su porvenir en Hobart-Town?

—Nunca! es insensible á lo que pasa en el *Regent* y no la inmutan los mas inminentes peligros. El sábado último nos acometió una terrible borrasca en frente de las islas de Falkland (Malvinas); olas monstruosas azotaban el buque, arrojándolo de costado y amenazándolo con sumirlo en el abismo; marineros y pasajeros exhalaban dolorosos lamentos; unos corrían extraviados sobre el puente mesándose los cabellos; otros se arrodillaban suplicando al cielo que calmase la furia de las aguas, y únicamente Mary, refugiada en un rincón de la cámara, esperaba en pié y muda el momento del naufragio. Ni una palabra, ni una oración agitó sus labios, y ningún temor reveló su rostro macilento y helado.

—¿Es decir que no resta ya para Mary ni aun la sombra de una ilusión?

—Ha abrigado ilusiones hasta Montevideo: sus ojos azules se animaban y su cuerpo se estremecía al aspecto de un buque que cruzara el horizonte como si en él se hallase su adorado Tony; pero la dulce ilusión se desvanecía al instante á la luz de la razón, y volvía á quedar sumida en su inercia. Solamente una cosa la despierta ahora de su letargo y excita en ella las manifestaciones de la vida; es una balada en que están descritos sentimientos análogos á los que ella experimenta, y siempre que la cantan presta oído atento y afanoso y vierte copioso llanto.

—¿Y qué balada es esa?

—La *Niña de Glasgow*. La música es tan melancólica como la poesía, y hay aquí una docena de escoceses que la cantan admirablemente.

—Desearia oirla, añadí, aunque no fuera mas que para observar el efecto que produce en Mary.

—Es muy fácil: los emigrantes son tan aficionados á esa canción popular, que accederán gustosos cuando se lo pidamos; son tan escasas las distracciones á bordo, especialmente en mares tan solitarios y borrascosos!

El *stood* nos llamó á comer. Sir Edward colocó á M. Pryn á su derecha y á mí á su izquierda; la comida fué bastante buena y muy alegre; se proscibió en obsequio mio la vaca salada de Hamburgo, y yo demostré mi gratitud al anfitrión acogiendo como merecían, una gallina con arroz, un ánade asado y un delicioso pudding de pasta de fideos. Apuramos doce botellas de vino de Oporto ó de Lisboa, y el café acompañado de gin y de brandy alegró de tal modo á todos los convidados, que los ingleses charlaban como gascónes.

Después de haber rendido homenaje á Baco, salimos á respirar la brisa austral sobre la popa. M. Edward, que estaba de buen humor, distribuyó aguardiente á la tripulación y suplicó al cocinero que nos diera un concierto vocal para ayudar nuestra digestion. El cantor era un *good fellow* de tez sonrosada, espesa barba y humor jovial, que tenía un repertorio completo de barcarolas y romanzas, y pareció orgulloso de dar una muestra de su talento. Cantó la *Escalera de Wapping*, que el auditorio saludó con frenéticos aplausos, el *Tronco de Navidad*, y una multitud de canciones llenas de colorido local y de sabor británico.

Cuando el cantor anunció que iba á dar principio á la *Niña de Glasgow* (*The Maid of Glasgow*) me acordé de lo que habia dicho el piloto, y busqué con la vista á Mary que continuaba abismada en sus reflexiones, con los codos apoyados en las rodillas y la frente en sus manos enflaquecidas. Sin duda pensaba en el pobre Tony á quien no debía volver á ver mas!

El lector juzgará

#### LA NIÑA DE GLASGOW

Una de las elegías mas tiernas que cantan los ingleses.

«Vedla! los ojos anegados en lágrimas y el pecho hirviendo en sollozos; vedla, con la mirada ansiosa, en pié sobre un escarpado

peñasco marino é inclinándose sin temblar hácia las bramadoras olas.

«Sopla, sopla dulcemente, fresca brisa,» exclama la niña de Glasgow; «sopla suavemente y apacigua la mar enojada; sé propicia á mi amor, hincha todas las velas y tráeme sano y salvo á mi Jamie.»

»Aparecieron al punto dos hermosos cisnes, blandamente mecidos en la onda espumosa, que cantaban con voz quejumbrosa el canto fúnebre de los marinos ingleses: «Venid, aves hermosas, venid; por vuestros blancos pechos y vuestros negros piés, decidme la verdad! ¿Habeis visto á mi amado, el jóven intrépido que nunca abandona la nave?» «Ah! hermosa niña, victima del amor, enjuga las lágrimas; ¿por qué lloras? Tu Jamie duerme no lejos de Portugal en el seno helado del Océano! Oscura era la noche, oculto el escollo y la corriente rápida... rápida!» La noche ahuyentó las nieblas; la dulce Jenny se levantó y dió gracias á la suerte de que su desgracia no fuera mas que un sueño.

»De pronto resonó la bocina del conductor del correo, y al oír esta señal deseada, que mucho tiempo hacia esperaba con impaciencia, Jenny corre, recibe la carta, y tremula de emoción la lee apresuradamente; pero á las pocas líneas se le cae de sus manos, su rostro se cubre de livida palidez y exclama la niña con voz ahogada: «¡Mi sueño era cierto! Vida inútil, adios!»

»Y destrozándose su corazón, cayó en el suelo exánime!»

Aun resonaban en mi oído las últimas palabras de la balada, cuando un grito desgarrador llegó con terror hasta el fondo del alma. Era un grito de Mary que cayó desmayada sobre el puente.

Volaron á levantarla, la trasladaron con cuidado á una hamaca y la prodigaron cuantos auxilios reclamaba su estado. Sir John se distinguió entre todos por su solicitud que expresaba un verdadero cariño. Le dió las gracias por su atención estrechándole la mano, mas sin poder articular una palabra; mis ojos vertieron lágrimas y advertí que también John lloraba.

Mary estaba tan fria y su corazón latía tan lentamente, que la creyeron muerta; sin embargo, algunas fricciones le restituyeron el calor, y la jóven abrió al fin sus párpados, dirigió en torno suyo vagas miradas, recobró poco á poco el conocimiento, prorumpió en sollozos, y cruzando los brazos sobre el pecho, dijo con débil voz:

—¡Oh! ¿por qué no he tenido la misma suerte? Ahora estaria con Tony... ¡Pobre Tony! cómo me acusarás de ingrata! ¡Ah! sí... tardo tanto en ir á tu lado!

Sir John, aunque rudo lobo marino, temblaba como las hojas de un árbol. Sin embargo, no vaciló en decir:

—Alejad ideas tan sombrías; dejad que hablen de la muerte los ancianos que no tienen familia ni amigos en la tierra. La suerte ha sido rigurosa con vos, Mary; pero estais en lo mas florido de la edad, en la edad de la esperanza, y no falta entre nosotros quien padece con vuestros tormentos y os veria partir con amargo dolor. Sed caritativa y no rehuseis su consuelo.

—La esperanza!.. mentira! murmuró Mary. ¿Qué he de esperar ya en la tierra? ¿No estoy condenada irrevocablemente? ¿Qué diferencia hay entre esta infeliz y un cadáver? ¿No veis que casi me falta aliento? Mejor, porque la hora suprema será para mí la de la libertad.

Sir John trató de replicar, pero le faltó el ánimo. Mary estaba tan abatida que se quedó sumida en un sueño de plomo, y yo volví á la popa con el piloto consternado.

—Ya veis como tenia razon, me dijo, al anunciaros que la balada la trastornaria. Os juro que no se cantará mas delante de Mary. ¡Es extraño! amo á esa infeliz como á una hermana. ¡Qué catástrofe si muriera á mis ojos! Y sin embargo, lo temo.

—Tened confianza, buen John! Dios es grande y la juventud tiene recursos infinitos.

Nos interrumpió M. Pryn diciéndome que debíamos volver á bordo del *Calcutta*. Los rayos del sol poniente inflamaban el horizonte y refrescaba la brisa. Nos despedimos de nues-

tros amigos del *Regent* y nos retiramos, pero yo me llevé del buque una tristeza pesada é indefinible que me persiguió durante una semana, y por las noches me parecia oír en el crepúsculo de extraños sueños, el grito horrible de Mary cuya cabeza se estremecía entre los dolores de la agonía.

## LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuacion).

### 381. ¿Qué dimensiones tienen las nubes?

Háse calculado que hay nube que tiene veinte millas cuadradas de superficie, sobre una milla de espesor, mientras que otras no son mas grandes que una casa ó que la mano de un hombre.



Nube acumulada ó apilada.

### 382. ¿Qué efectos producen los vientos sobre las nubes?

Cuando el viento es *frio* condensa el vapor y las convierte en *lluvia*. Pero si el viento es *seco y caliente*, *rarifíca* el vapor á muy alto grado y *dispersa* las nubes temporalmente.

### 383. ¿Qué efecto produce el viento sobre la forma de las nubes?

Cuando el viento es *suave y templado* las nubes se dividen en *pequeños trozos* para elevarse á una altura considerable; pero cuando el viento es *frio y fuerte*, corren y se arrollan formando grandes masas.

### 384. ¿Por qué los vientos del Este acostumbra á ser secos?

Porque pasan por encima de vastos continentes de tierra y, comparativamente, poco mar. De aquí el que no estén cargados de vapores.

### 385. ¿Por qué los vientos del Oeste, generalmente, traen lluvia?

Porque atraviesan el Atlántico y están muy cargados de vapores.

### 386. ¿Por qué los vientos del Norte son generalmente frios y secos?

Porque vienen del Océano ártico, pasando por encima de vastas llanuras de hielo y de nieve.

### 387. ¿Por qué los vientos del Sur son calientes y lluviosos?

Porque viniendo de las regiones meridionales calentados por el *calor de la tierra y de las arenas*, al atravesar el mar absorben una gran cantidad de vapor.



Nube cúmulo-estratosa ó nube doble.



Y cayó desmayada sobre el puente. (Pág. 257, col. 2.ª)

388. ¿Por qué se dice que las nubes indican el cambio del tiempo?

Porque como el estado de las nubes es el que, en una grande extension, determina el estado del tiempo, su formacion debe predecir los cambios próximos.

389. ¿Qué anuncian las nubes rizadas?

Buen tiempo cuando están muy elevadas y tienen poco cuerpo.

Anuncian lluvia ligera cuando después de una larga continuacion de buen tiempo presentan líneas de forma lanuda á lo largo del cielo.

Indican vientos fuertes cuando por espacio de algunos dias sucesivos se juntan en la misma parte del cielo como para significar el punto de donde debe venir el viento.

390. ¿Qué predicen las nubes acumuladas?

Cuando están bien caracterizadas y marchan con el viento predicen buen tiempo.

Cuando son delgadas y opacas, y flotan contra el viento ó en oposicion á las corrientes mas bajas, indican lluvia.

Cuando aumentan su tamaño y se vuelven opacas y cenicientas al ponerse el sol, predicen tempestad.

391. ¿Qué anuncian las nubes estratosas?

Humedades y tiempo cubierto.

392. ¿Qué indican las nubes nimbosas?

Lluvia, tempestades y truenos.

393. ¿Qué presagian las nubes rizo-acumuladas?

En verano anuncian aumento de calor seguido de lluvia suave y viento del Sur; pero en invierno comunmente preceden á las heladas, ó bien indican próximas nieblas y humedades.

394. ¿Qué indican las nubes estrato-rizadas?

Lluvia ó nieve, segun la estacion del año.

Estas nubes se extienden en largas líneas horizontales, adelgazándose en su base mientras que en algunas partes forman ondulaciones.

Cuando se caracterizan de esta manera en el cielo son un presagio seguro de mal tiempo.

395. ¿Qué indican las nubes cúmulo-estratosas?

Por lo general indican un cambio de tiempo de lluvioso á bueno ó viceversa.



Nube nimbosa ó de tempestad.

396. ¿Por qué los dias nublados son mas frios que los de sol?

Porque las nubes interceptan los rayos solares en su curso hácia la tierra.

397. ¿Por qué las noches nubladas son mas calientes que las serenas?

Porque las nubes radian otra vez hácia la tierra el calor que ésta despide.

Y tambien porque las nubes radian á la tierra el calor que han absorbido de los rayos solares durante un dia nublado.

398. ¿Por qué la tierra es mas caliente que el aire mientras que la alumbra el sol?

Porque la tierra absorbe libremente el calor de los rayos solares de los cuales el aire toma comparativamente una parte muy pequeña de calor.

399. ¿Por qué la tierra se pone mas fria que el aire despues de puesto el sol?

Porque la tierra se desprende libremente de su calor por radiacion mientras que el aire conserva el suyo.

400. ¿Por qué cubriendo las plantas con cristales, esteras, ó mamparas, se evita que las mate el frio?

Porque evitan la radiacion del calor de las plantas y la de la tierra que hay debajo de ellas.

(Se continuará.)

## FÓRMULAS.

### Tinta especial para plumas metálicas.

Se prepara un cocimiento de palo de campeche, poniendo éste en cantidad suficiente para que pueda producir 80 partes de líquido.

Se disuelve una parte de cromato neutro de potasa en 1,000 de este licor. (1) Este cromato trasforma la materia colorante amarilla del palo de campeche en una materia negro-azul que entra en disolucion echada en el licor, contrariamente al tanato de hierro, que permanece suspendido en él; así es que esta nueva tinta no forma poso.

Se debe tener cuidado en no emplear mayor cantidad de cromato que la prescrita, á fin de evitar la accion comburent de la sal á consecuencia de la cual la materia colorante queda en parte destruida.

Esta tinta posee muchas cualidades que la hacen preferible á la tinta ordinaria. Un papel en el cual se haya escrito con esta tinta puede permanecer en el agua por espacio de veinte y cuatro horas sin que se altere la escritura. Hasta los ácidos carecen de accion sobre ella, en tanto que hacen desaparecer la tinta ordinaria, y que la que se ha confeccionado con el palo de campeche y el vitriolo se vuelve parda.

Con la tinta que recomendamos se evita además la oxidacion de las plumas que pueden servir años enteros sin experimentar otra alteracion que la que pueda ocasionarles el roce.

Por consiguiente, no hay necesidad de emplear plumas de laton ó de iridio, como algunos lo habian propuesto, y hasta será inútil en lo futuro la prohibicion del uso de las plumas metálicas para escribir documentos auténticos.

Los resultados que acabamos de mencionar han sido examinados en el laboratorio de Mr. Wackenrader, que los ha confirmado todos.

(1) El autor adopta las proporciones siguientes:

Palo de campeche. . . . .	1 kilóg.
Agua. . . . .	80 "
Cromato de potasa amarilla. . . . .	80 gramos ó mil partes.

Por todo lo que antecede, F. GABAÏACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de FRANCISCO GABAÏACH, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.